



PERFILES DE UNA CIUDAD

# Tomar el tren

*Emilio Arjona*

Cuando hace unos años leíamos que Ciudad Real era la capital de provincia que mostraba más claros indicios de marcha acelerada hacia un futuro mejor y más lisonjero y, sobre todo, adecuado a la modernidad y a lo que todos deseábamos para nuestra ciudad, muchos comenzaron a abrigar la esperanza de que aquello que se decía entonces tuviera visos reales de convertirse en la dinámica definitiva de tomar el tren que nos llevara a ese futuro mejor soñado. Eran los tiempos en que el AVE, nacido de una decisión política que nada tenía que ver con el futuro de Ciudad Real, pero que, de paso, podía beneficiarnos, se ponía en funcionamiento y la Universidad ya entraba de lleno en su periodo de apogeo más sugestivo.

Aquello que escribían en sus páginas algunas prestigiosas publicaciones del país, naturalmente, surgía como eco de manifestaciones llenas de esperanza y no vacías, precisamente, de lo que, a nosotros, nos pareció siempre un irreflexivo triunfalismo que situaba a nuestra población en unos 74.000 habitantes a bote pronto y en 120.000-150.000, andando el tiempo.

Más reales, al menos, por lo que todos palpábamos en el día a día de la convivencia ciudadana, de la capital, nos parecen, sin embargo, esas otras declaraciones emitidas por el presidente de la Cámara de Comercio en las que, León Triviño señalaba, con acierto, que, difícilmente puede alcanzar Ciudad Real y su comarca un desarrollo socioeconómico definitivo y elocuente, mientras siga existiendo pertinazmente la escasez de agua que padece la comarca capitalina desde hace largo tiempo. Esto que responde a una verdad incontrovertible, hasta el momento no ha merecido, sin embargo, de ninguna Administración, la solución adecuada definitiva.

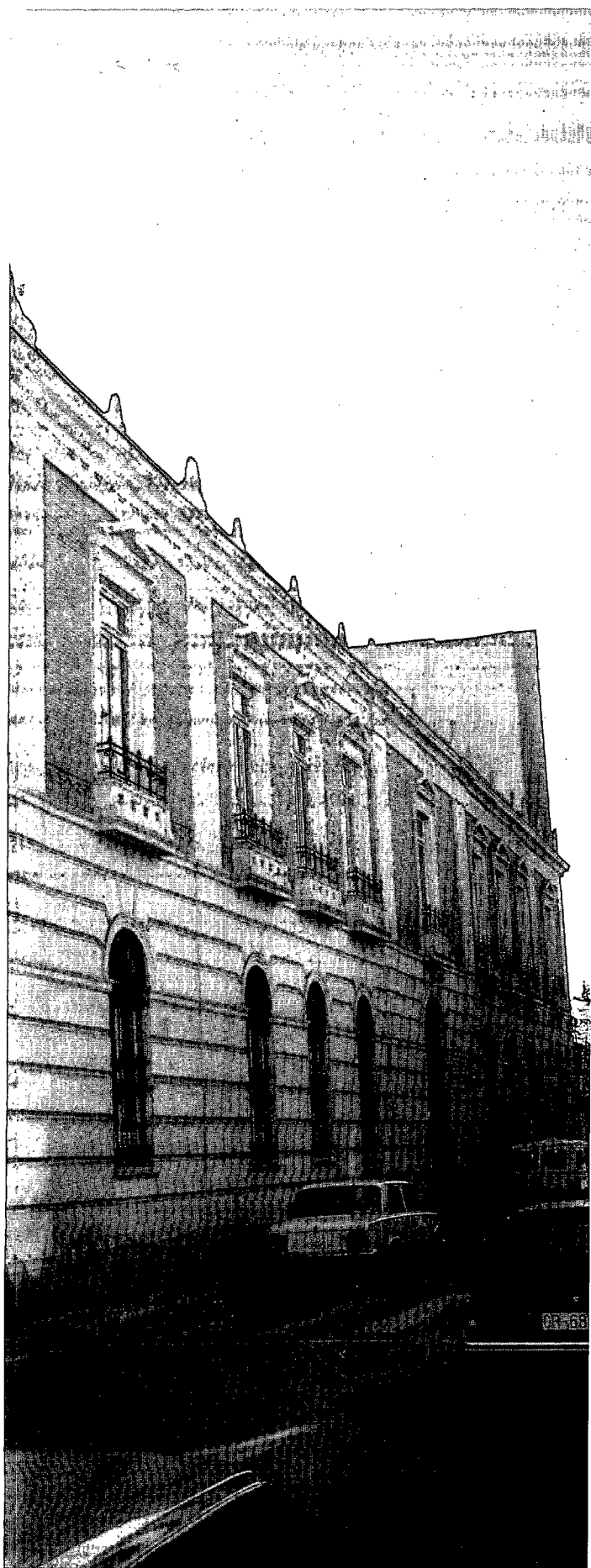
El presidente de la Cámara de Comercio, que apuntaba este serio problema en el contexto de un artículo de tono más optimista, basado, naturalmente, en el cambio urbanístico y de evidente calidad de vida experimentado, ciertamente, por la capital en el transcurso de los últimos cincuenta años, añadía, no sin razón, que «no podemos pensar en un futuro seguro, cuando nos está fallando el abastecimiento de agua».

Pese al innegable cambio experimentado en el aspecto urbano de la ciudad, debido, lógicamente, a la demanda de lo que ha sido tan solo un «crecimiento natural» de la comunidad, con sus «zonas» de llano y valle, como se reconoce en el libro «Historia de Ciudad Real», editado por la Caja de Castilla-La Mancha, lo cierto es que las inversiones para la creación de riqueza y de puesto de trabajo no han evolucionado tan sensiblemente que nos podamos permitir abrigar justificadamente un gran optimismo de cara a un crecimiento importante que nos autorice a pensar en un futuro espectacularmente mejor. Tal vez, en parte, sean los problemas de base o, infraestructurales, como la escasez de agua, las causas de que Ciudad Real se mantenga en los últimos puestos de Castilla-La Mancha y de España, respecto a ingresos por habitante y renta familiar disponible, como se puede leer en el libro «Ciudad Real, ante el reto del 92» editado por la Cámara de Comercio. Las cosas, vistas con realismo, no parecen haber cambiado de forma positiva.

Pero, sinceramente, hemos creído y seguimos creyendo que los problemas que la comarca ciudarrealense padece y que frenan nuestras posibilidades de impulsar su autodesarrollo, como han hecho otras ciudades españolas, son, además de los apuntados, que son evidentes, otros, cuyo sentido está íntimamente ligado a la forma de ser del hombre manchego, tal vez excesivamente apegado a un ruralismo persistente, pese a que los vientos europeos estén, desde el Acta Única, y aún antes, señalando otros derroteros de desarrollo social, como se hace evidente en la políticas de los países que, de verdad, miran hacia el siglo XXI, ya a las puertas, y no al pasado.

Nuestros hombres, llenos de idealismo, unos y tan apegados a la tierra, otros, como retrata tan genialmente Cervantes en su libro universal, no se dan las mañas mejores para casar esas dos tan preciosas virtudes, en un proyecto de vida más adaptado a la modernidad que nos viene de Europa.

Mientras tanto, y así ha sido a través de los tiempos, se ha echado la culpa de los males de todos a los demás. Modernamente se culpa a las Administraciones del Estado,



que, ciertamente, no siempre se han mostrado muy certeras en las negociaciones para proteger, de manera generalizada, nuestros productos ante la Comunidad, esa es la verdad.

El paternalismo puntual, no tan evidente en otros países europeos de libre mercado, ha creado adición en el nuestro, hasta el punto de que, sobre todo, los sectores agrario y ganadero, que son los que más nos atañen, por estar más aferrados a esa adición se sienten más afectados por la novedosa y, a veces, dura, impronta del mercado Único, y, ha ocurrido que, cuando las orejas del lobo europeo asomaban ya por el horizonte, los manchegos, con excepciones, aún actuaban, y algunos siguen actuando, como si lo de Europa no fuera con ellos y les pasa lo que a la Caperucita del cuento, se les hace cuesta arriba caminar por un bosque que, en realidad, desconocen, por demasiado competitivo, moderno e imaginativo para sus saberes y potencias.

Recordemos aquí, cómo, secularmente, se culpaba, y no sin razón, que la prosperidad posibilitada por una industria media no podría obtenerla Ciudad Real, por estar prácticamente aislada del resto de España, al no haber vías de comunicación que permitieran acercar nuestro productos, principalmente agrarios y ganaderos, o de ello derivados, a los mercados consumistas. Y como no teníamos esas vías de comunicación, desapareció una floreciente huerta, cuyos productos eran elogiados por todos y pedían a gritos una industria transformadora que nunca llegó. Ahora tenemos esas comunicaciones. Y qué.

Como no teníamos Universidad para la creación de buenos gestores de nuestro propio desarrollo, teníamos que conformarnos con lo que había. Nuestra tierra sólo proporcionaba hombres a la emigración y pequeños o grandes ahorros, vaya usted a saber, que también emigraban hacia tierras más espabiladas, donde se invertían en la generación de riqueza, los pocos o muchos dineros que se depositaban en los bancos foráneos establecidos aquí, que, por cierto, siempre ha habido muchos. Ahora también tenemos Universidad.

Se ha avanzado, todo hay que decirlo, en la adecuación de las viejas estructuras agropecuarias ante el reto de los nuevos tiempos, y nadie duda que ello ha significado un tremendo esfuerzo, dada la situación de descapitalización que venía sufriendo el medio campesino del que secularmente se ha dependido. Pero, en muchos casos, esa operación de adecuar y modernizar las estructuras para poder afrontar el reto del autodesarrollo, sin recurrir a radicales trasvases sectoriales, ha llegado aquí, demasiado tarde, porque otros hacía tiempo que habían pasado ya por ese mismo tránsito y pueden permitirse afrontar ahora, mediante, a veces, revolucionarias formas de producir, las exigencias de un mercado que ya no es de andar por casa, sino que, por estar más universalizado, es cada vez más exigente. □